

## POLITICA EN BRASIL

Por ARIEL JEREZ

La bibliografía seleccionada, al final de este artículo, intenta dar una amplia perspectiva de los trabajos que se vienen realizando sobre la transición y la virtual consolidación democrática en el Brasil. Son todas ellas obras colectivas, realizadas en torno a seminarios y centros de investigación (1), que evidencian la calidad e intensidad del debate académico de las ciencias sociales brasileñas y el compromiso de sus intelectuales con la democracia. Algunas de ellas están planteadas desde un enfoque multidisciplinar, que abarcan los diversos factores que condicionan la transición (2), mientras otras están más centradas en los problemas político-institucionales de la modernización del Estado brasileño, que es donde pondremos nuestra atención, ya que,

---

(1) Las obras aquí recogidas se elaboran en torno a seminarios e investigaciones colectivas realizadas entre universidades y centros de investigación, como el Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP), el Centro de Estudos de Cultura Contemporânea (CEDEC), el Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro (IUPERJ), el Instituto de Estudos Econômicos, Sociais e Políticos de São Paulo (IDESP). Por su parte, los libros coordinados por J. P. DO REIS VELLOSO son parte del producto del seminario Fórum Nacional «Idéias para a Modernização do Brasil», que reunió a 75 científicos sociales de diversas tendencias, cuyo cometido es mantener un debate permanente sobre los más diversos aspectos de la crisis brasileña en estrecho contacto con las «fuerzas vivas» de la sociedad brasileña. En todas ellas se puede apreciar la fluida y rica comunicación entre los diversos investigadores y centros.

(2) Tanto el libro organizado por STEPAN como el de REIS y O'DONNELL contienen estudios específicos que intentan abordar los elementos esenciales que inciden en la transición brasileña, desde la deuda externa a los militares, pasando por movimientos sociales, sindicales, Iglesia, reforma agraria, entre otros. Los dos libros del IUPERJ (E. DINIZ *et al.*) inciden más en la configuración de la dinámica corporativa específica de los actores sociopolíticos en su interacción con la institucionalidad de la nueva República.

coincidiendo con los autores, pensamos que la reforma del Estado es el paso previo a cualquier intento de transformación real de la sociedad brasileña, así como que esta transformación, en un sentido de equilibrar sus aberrantes desigualdades socioeconómicas y retomar el proceso de crecimiento económico, es indispensable para la consolidación de la democracia.

Compartiendo todas estas cuestiones, las diferencias se presentan en los matices dados a las diferentes coyunturas y, por tanto, en la centralidad otorgada a la construcción de sujetos-actores o a los factores institucionales, que lógicamente priorizarán estos elementos de forma distinta a la hora de elaborar la agenda para la acción política, explicable al conocer las diversas tendencias ideológicas y compromisos partidarios de estos cientistas sociales.

La reciente destitución del equipo económico de Zelia Cardoso de Mello, con el que el presidente Collor inició su mandato, con un audaz plan de estabilización inflacionaria, que dejó a todas las fuerzas sociopolíticas expectantes, explicita la complejidad y profundidad de las reformas que la sociedad brasileña y sus dirigentes tienen que realizar para salir de su actual crisis. El retorno de figuras políticas del Gobierno de Sarney, después de que su acceso a la Presidencia de la República estuvo basado en una campaña y un discurso político centrado en la crítica a ese Gobierno, a los políticos y una propuesta, por demás difusa, de renovación política, que captó a gran parte del electorado, hacen evidente el círculo vicioso en el que se encuentra la dinámica político-institucional, que reproduce una y otra vez prácticas arcaicas, a la larga antidemocráticas, de una clase política que no se ha renovado a lo largo de un proceso de transición que, si consideramos su estadio final, la elección directa de un presidente ha durado más de quince años.

Desde esta perspectiva, el presente trabajo pretende ordenar sintéticamente los elementos necesarios para entender la crisis político-estatal brasileña, es decir, cómo el Estado más moderno del Tercer Mundo en la década de los setenta, en los noventa presenta síntomas de ingobernabilidad, que pueden llegar a «bloquear» el proceso de transición (PRZEWORSKI: *Dilemas da consolidação...*), dados los factores de poder que tutelan el proceso político democrático, pudiendo encaminarlo hacia una muerte lenta (O'DONNELL: *A democracia no Brasil*). Para ello intentaremos sintetizar la compleja modernización del Estado brasileño y la peculiar dinámica política de una transición pactada desde arriba, para posteriormente observar las manifestaciones de esa crisis de modernidad, cuyo mayor síntoma es la ausencia de un proyecto de nación. Por último, se intentará esbozar cómo se está intentando construir una alternativa a esta crisis y el papel central que desempeña en este proceso la reforma política, prevista constitucionalmente para 1993.

Una panorámica histórica evidencia cómo el proceso de construcción del

Estado en Brasil se basa en amplias alianzas de unas élites que intentan controlar y gestionar un vasto y heterogéneo territorio, consolidándose éstas a través de una repartición patrimonial del poder del Estado, que lo sumerge en una dinámica clientelística prebendaria. Con la expansión de la industrialización en la década de los treinta y los consecuentes procesos sociales integrados en lo que se denomina el surgimiento de la moderna sociedad de masas, estas alianzas alcanzarán su máxima sofisticación (en relación a la diversidad y conflictividad de los intereses contemplados) en el régimen populista del Estado Novo, que, por las características de su forma de dominación, será una clave para entender las posteriores formas de relación entre sociedad y Estado, en la medida en que marcará profundamente su cultura política, sobre todo en lo que respecta al presidencialismo y los partidos políticos. Esta nueva alianza que ocupa el Estado se irá mostrando altamente conflictiva en el período democrático de posguerra, por lo que será reformulada nuevamente por vía autoritaria en el golpe de 1964, que abrirá una nueva etapa modernizadora, esta vez en alianza con el capital transnacional. De esta forma queda configurado un Estado que, en las palabras precisas de Camargo (*A crise brasileira...*), «es una síntesis y una superposición histórico-arqueológica de las diferentes camadas de élites que ejercieron la hegemonía a lo largo del tiempo y no se desalojaron nunca».

Esta breve aproximación al proceso de configuración del Estado brasileño nos da pie para entender un complejo proceso de transición a la democracia (SKIDMORE/LAMOUNIER: *Democratizando...*), donde una premisa inicial es aprehender la singularidad del autoritarismo brasileño en el contexto latinoamericano. Basado en una gestión económica acertada (3), en un bajo de uso de la represión y letigimado por un complejo proceso político-institucional que contempla la existencia de partidos políticos y elecciones, el régimen inicia una abertura lenta, gradual y controlada a partir de 1974, dentro de una estrategia destinada a limitar la capacidad de las fuerzas de la oposición para forzar una salida negociada hacia la institucionlidad democrática. Así se observa una transición no violenta, donde el relajamiento progresivo del con-

(3) Afirmación que habría que relativizar en la medida en que se alcanzan altas cuotas de crecimiento y modernización industrial (como para lograr algunos segmentos competitivos a nivel internacional), con altas tasas de empleo y de inversión en infraestructuras, pero a costa de un desmedido endeudamiento externo y un agravamiento de los desequilibrios sectoriales de la economía. Más habría que relativizarla desde su vertiente social: un dato ilustrativo es la tendencia concentradora del ingreso. El 50 por 100 más pobre de la población económicamente activa pasa de percibir un 17,4 por 100 del ingreso nacional en 1960 al 12,6 por 100 en 1980, mientras que para el 10 por 100 más rico este porcentaje pasó del 39,6 al 50,9 por 100 en el mismo período. Tendencia que no se revierte con la Nueva República.

trol, la gradual redistribución del poder a través de un puntilloso calendario electoral, empieza a ser cuestionada desde una movilización compleja y amplia de la sociedad, que presiona en dirección de una mayor participación política. Esto se debe a que la relativamente exitosa modernización autoritaria de la economía llevaba en su seno una transformación de la estructura social, que políticamente se tradujo, cuando el cuadro macroeconómico evidenció la crisis de este modelo de crecimiento, a finales de los setenta, en un aumento de las expectativas sociopolíticas de la población. En un juego dialéctico entre apertura conquistada-apertura otorgada se irá produciendo, en los espacios políticos concebidos por la estrategia del régimen, un reacomodo de las antiguas élites que, sobre pactos de no competencia, y aceptando la presencia institucional de las FF. AA., liderarán la oposición con la que se negocia la transición.

De esta manera, los sectores populares protagonistas de la movilización de la sociedad civil y la resistencia democrática al régimen se encuentran sin canales de comunicación con la negociación política (de carácter conservador y continuista en lo que a formas de concebir y hacer política se refiere) que se está realizando en el Estado, careciendo de un liderazgo con capacidad de articular, por medio de una estrategia de construcción institucional de la democracia, en proyecto político estas aspiraciones democráticas, de contenidos sociales y políticos participativos. Desde las élites que lideran la oposición se opta por la desmovilización de estos sectores, creando la falsa expectativa que con el cambio de régimen la sociedad se transformaría de forma automática.

Ya con el Gobierno Sarney, primer presidente de la Nova República, aunque no directamente elegido, se observa cómo el Poder Ejecutivo prefiere interactuar con los grupos de presión regularmente establecidos, cuyos comportamientos aparecen en el cálculo político en el momento de la toma de decisiones, con el objetivo de producir instrumentalmente un consenso que margina las demandas de los sectores desorganizados de la sociedad, cuestión que, en un cuadro de crisis inflacionaria que impone una visión cortoplacista a las fuerzas políticas relevantes, agrava los problemas de gobernabilidad en la medida en que se manipula electoralmente la administración económica (véase Plan Cruzado), se insiste en las modalidades tradicionales de hacer política, que agudizan el grado de descontrol gubernamental sobre los recursos públicos por el clientelismo, amén de una libertad de opinión pública que aumenta el descrédito del medio político al sistematizar la denuncia de la corrupción (MOISÉS: *Dilemas da consolidação...*). Todo este manejo político acelera la degradación del Estado, manifiesta en la hipertrofia del sector público, insolvente e ineficaz.

Jaguaribe (*A crise brasileira...*) ha llamado a esto «la canibalización del Estado» por parte del sistema partidario, que conlleva una pérdida de responsabilidad de los partidos frente a la sociedad, en el sentido de que no son portadores de propuestas públicas ni representantes de amplios intereses colectivos. Con las excepciones del Partido dos Trabalhadores (PT) y del socialdemócrata (PSDB), los partidos no cumplen los mínimos requisitos de modernidad en relación a la naturaleza de su organización interna, las personalidades que los integran y su comportamiento público, su cosmovisión de la sociedad articulada en un programa acorde a la coyuntura histórica o la selección de candidatos según criterios de competencia. Hay una serie de factores histórico-inerciales que explican en parte la fragilidad del sistema partidista brasileño, relacionados con la construcción de un Estado de las características mencionadas. El poder central ha intentado evitar por todos los medios el surgimiento de cuestionamientos estructurados orgánicamente a nivel nacional, provocando discontinuidades en la institucionalización del sistema partidista en cada período histórico, fortaleciendo una cultura política antipartidista (4), que obviamente se retroalimenta de la propia dinámica política, en la medida que se potencian los rasgos personalistas del presidencialismo brasileño, cuestión también relacionada con el carácter privatista y patrimonial del Estado. A lo que se añade una legislación partidista y electoral permisiva, que otorga a los políticos un margen de maniobra amplio para la búsqueda individual del acceso a recursos públicos. De esta forma se observa la fragilidad de éstos en su precaria cohesión organizacional, en su debilidad como agregadores de intereses, por los personalismos de sus liderazgos, la escasa fidelidad partidista y sus débiles compromisos ideológicos, que anulan la imagen de autenticidad necesaria para orientar a la ciudadanía en su elección política.

Queda patente así una situación de crisis que desborda su inicial vertiente económica para pasar al campo político y estatal, donde se refleja como una

---

(4) Ante algunos estudios que, evidenciando comparativamente el poco apego popular y la nula credibilidad en determinados elementos constitutivos de la democracia (sobre todo partidos y poder legislativo), insisten en la cultura política como factor explicativo de la desarticulación en el funcionamiento de las instituciones democráticas. La cultura política, en este caso no democrática, que es causa y consecuencia del funcionamiento del sistema político, debe ser entendida como un producto determinado por largos procesos de socialización autoritaria y represiva, de una histórica distancia que separa a las instituciones políticas de los procesos sociales, causada por la forma de hacer política de determinados grupos. No es justo históricamente, ni beneficioso intelectual ni políticamente, otorgar igual responsabilidad al conjunto de la sociedad y no distinguir los sujetos sociopolíticos que su acción ha sido negativa o positiva para el proceso de integración implícito en la transición democrática.

crisis de gobernabilidad (5), y que en lo social se detecta por las dificultades existentes en el proceso de construcción de una alternativa. En definitiva, es la crisis de esa modernidad inconclusa que, por sus correlatos en el campo de lo moral-cultural (6), evidencian, por un lado, la imposibilidad de puntos de equilibrio democrático con la perpetuación de elementos y prácticas arcaicas en el Brasil contemporáneo, y por otro, muestran el agotamiento de un modelo de desarrollo y la ausencia de un proyecto de nación que dirija el proceso político brasileño (VELLOSO: *A crise brasileira...*).

Situación ante la cual la sociedad civil reacciona de forma desestructurada: por un lado, están los grupos con capacidad de organización que presionan de forma corporativa, logrando conquistar objetivos parciales o por lo menos defenderse del deterioro progresivo de la situación económica, pero con una baja capacidad de negociación, y por otro, se encuentran las abruptas y discontinuas presiones reivindicativas de grupos no organizados institucionalmente, que invaden la escena pública, teniendo efectos diversos, aunque no siempre estériles, como se pudo observar en el período constituyente (7).

A partir de estos elementos hemos intentado configurar una idea de la complejidad de la crisis de modernidad en Brasil y la necesidad de construir un proyecto de nación donde la consolidación de la democracia esté contemplada. Para ello, *conditio sine qua non* es desmitificar la ideologizada afirmación de que el estatismo es incompatible con la modernidad. Como lúcida-

(5) La indefinición en política económica, la ineludible y ausente reforma administrativa y una política social dominada por el clientelismo son problemas concretos de gobernabilidad mensurables en términos de efectividad (como capacidad de vinculación y acatamiento de las decisiones adoptadas), aceptación social (en relación a la concordancia y conformidad), eficiencia (en relación a generar efectos significativos) y coherencia (en relación a la ausencia de efectos contradictorios).

(6) Camargo observa una crisis de valores producto de, por un lado, la presencia del binomio denuncia-impunidad en la *res publica*. Y por otro, la propagación de un patrón consumista, difundido por los *media*, que destinado al 10 por 100 de la población pudiente (que, al disponer más del 50 por 100 del ingreso nacional dispuesto al despilfarro y la ostentación), entre el 50 por 100 miserable de la población, conlleva expresiones patológicas de individualismo, que configuran, dentro de una sociedad que conserva marcados rasgos tradicionales de cultura paternalista y lealtades comunitarias, diferentes grados de anomia social.

(7) La Constitución de 1988, producto de un debate de más de diecinueve meses, es el resultado de una coyuntura de fuerzas que cristaliza en un mosaico que refleja los intereses diversos de una sociedad desigualmente organizada. Se logran grandes avances en los principios e intenciones, que, sin embargo, carecen de una articulación legal. Se amplían los derechos a la vez que se mantienen las bases de poder, creándose situaciones de inestabilidad, que son a su vez perspectivas de cambio.

mente plantea Camargo, la modernización económica del régimen militar fue parcialmente exitosa, producto de un esfuerzo que es identificado como patrimonio colectivo, que constituye el principal núcleo de consenso para unificar la sociedad y el Estado en sus más diversas clases y categorías. Un esfuerzo que no se puede dilapidar llevando a cabo dicha modernización mediante una privatización a ultranza. El Estado, en este sentido, tiene que ser minimizado en sus funciones obsoletas e irrelevantes, pero urge maximalizarlo en sus funciones prioritarias y específicas del desarrollo, equidad social e integración política. «Más que reducirlo hay que reordenarlo.» Una modernización mínima en la dirección apuntada anteriormente requiere dos funciones básicas: recuperar un mínimo de solvencia pública y formar núcleos estratégicos en la gestión del Estado. Para ello se exige una reforma fiscal y administrativa con un programa de austeridad que elimine el parasitismo y el desperdicio inherente a la dinámica clientelística del proceso político. El segundo punto requiere un lúcido entendimiento de las funciones estratégicas del ejecutivo federal y el reclutamiento de personas idóneas y competentes para llevarlo a cabo. Requisitos básicos para iniciar una reforma gradual del Estado (JAGUARIBE: *op. cit.*).

Sin embargo, esta cuestión está íntimamente relacionada con la necesidad, mencionada anteriormente, de renovación de las élites políticas como forma de superar la distancia histórica entre instituciones políticas y los procesos sociales. En la medida en que la democracia no es un producto del fin del autoritarismo en el caso de esta prolongada y compleja transición institucional, ésta requiere una formulación estratégica. De no existir, aumenta la fuerza de los sectores antidemocráticos, las inseguridades de los no totalmente convencidos y se confunde el horizonte de los propios demócratas (MOISÉS: *op. cit.*). Y en la medida en que las fuerzas políticas relevantes, con las excepciones mencionadas, se adaptan a la herencia de la cultura política tradicional, nos vemos obligados a pensar en el proceso de reconstrucción de actores políticos y sus identidades, previo a la construcción de un proyecto de nación.

Un obstáculo fundamental a este proceso es el propio sistema político partidista, cuestión percibida por las fuerzas progresistas y el medio intelectual con la suficiente intensidad como para plasmarlo constitucionalmente en un referéndum previsto para 1993, en el que se optará por una forma de Gobierno presidencialista o parlamentaria. El debate gira en torno a que el cargo presidencial en Brasil se encuentra sobrecargado de expectativas, en la medida en que, además de las funciones clásicas de jefe de Estado y de Gobierno, una cultura política configurada en torno a patrones de liderazgos carismáticos-personalistas le exige ser el agente propulsor de la moderniza-

ción, gestor del proceso acumulativo y de la reforma social. La Presidencia se convierte de esta manera en un foco permanente de crisis. La propuesta parlamentaria plantea la ventaja que conlleva atribuir al presidente de la República las funciones de jefe de Estado, y a un primer ministro, elegido por la Cámara, las funciones de jefe de Gobierno, ya que se compromete a un magistrado con la estabilidad y a otro con el cambio (LAMOUNIER: *Modernização política...*). Otro elemento disfuncional en el presidencialismo son las elecciones mayoritarias a dos vueltas, que, al realizarse en solitario, desvinculan a los candidatos de su partido, a la vez que en la segunda vuelta producen una polarización de la campaña electoral, con los peligros que eso conlleva, en relación a la desinformación y apelos demagógicos, para la dinámica política.

Por otra parte, esa reforma contribuiría a devolver al Legislativo sus funciones de control y corresponsabilidad sobre el proceso político como forma de superar el descrédito en que se encuentra, en la medida en que es percibido por la opinión pública como un poder ocioso y clientelista. Cuestión muy relacionada con el cuestionamiento que se produce en relación a su representatividad, dado que una de las estrategias del antiguo régimen fue agravar la sobrerrepresentación de los Estados más atrasados, feudos del «sociologismo» político.

Para viabilizar esta reforma política, cuyo fin último sería recuperar la confianza de la sociedad en el sistema político como rector de la vida nacional, la propuesta parlamentaria es consciente de la necesidad de contar con partidos que cumplan su misión como agregadores de intereses generalizables, y para ello, una de las palancas clave para modificar la dinámica partidista es el sistema electoral. El sistema proporcional del Brasil, de lista abierta, sin mecanismos de transferencia de la elección del candidato, provoca una elección mayoritaria dentro de la lista, que, en partidos de gran heterogeneidad ideológica y de una desgastadora competencia interna por cargos públicos, produce una anulación de la voluntad política del elector en la medida que el voto para un candidato no electo va para otro de la lista, sin que el elector tenga control sobre esta segunda opción. Por otra parte, está la alta permisividad en cuanto a la admisión de candidatos a la votación, que, al utilizar el método D'Hondt, se traduce en una gran esterilización de votos de los partidos que no alcanzan el cociente electoral, además de aumentar el «ruido» en los canales de representación política, que agravan aún más el problema de inteligibilidad y representatividad en las elecciones legislativas. En definitiva, de este sistema no surgen prácticas ni expectativas estables que se traduzcan en un estilo coherente de representación. Por ello se plantea la conveniencia de una modificación del sistema electoral en una dirección que



atienda a tres condiciones: 1) asegurar la proporcionalidad como principio básico; 2) volver más nítido para el elector el proceso de conversión de votos en representación política, y 3) reducir las fuentes internas de conflicto intrapartidista, con la intención de fortalecer y cohesionar estas instituciones. Las características del modelo conocido como distrital mixto, apoyadas por algún tipo de cláusula de exclusión, son vistas por los especialistas como las más adecuadas para cumplir estos objetivos.

Si el requisito central de la democracia es una estructura partidista estable, capaz de elucidar las alternativas y garantizar la consistencia de los compromisos adquiridos, es necesario apoyar normativamente el proceso de sedimentación partidista, exigiendo algunas características en torno a su configuración territorial y organización interna, estableciendo un principio legítimo y no excluyente de estratificación de la representación política (LAMOUNIER: *op. cit.*). En la medida en que continúe la volatilidad ideológica de los partidos y la permisividad hacia el transfuguismo, estará abierta la puerta de la democracia al recurso populista, como el triunfo de Collor hizo evidente (SINGER: *De Geisel a Collor*), potenciando el círculo vicioso de una dinámica política que lleva a una creciente proporción de sectores sociales y agentes políticos a sentirse atrapados en el juego democrático, tentándolos a desvincularse de este juego. Hay que tener en cuenta el sentido instrumental de la participación política, y concretamente de la electoral, de las grandes mayorías, en la medida en que votan para ver atendidas sus demandas. En este sentido, la abstención está ligada, además de a las propias condiciones en que se realiza la competición política (en Brasil el voto es obligatorio), a la creencia del voto como mecanismo de cambio político. Como el análisis de Figueiredo (*A crise brasileira...*) evidencia, el electorado brasileño está abierto a experiencias políticas nuevas, aunque siempre aprendiendo de sus experiencias pasadas.

Ahora bien: ¿cuáles son esas fuerzas «modernizantes»? Las que se plantean romper la arcaica dinámica del Estado, de manera que se pueda controlar el proceso inflacionario, retomar el crecimiento económico en un contexto transnacionalizado, atendiendo a la reestructuración del mercado interno, como único medio de reducir las desigualdades sociales, y que contemplan una efectiva práctica popular de la democracia en una sociedad elitista y de rasgos autoritarios como la brasileña.

Creo que los socialdemócratas del PSDB y el conjunto heterogéneo de fuerzas progresistas del PT son los pilares políticos sobre los que se está produciendo una renovación de élites, con capacidad para proponer un programa mínimo de reformas sobre el que, virtualmente, se articule un proyecto político «moderno».

El primero, un partido de cuadros, con base electoral en clases medias y medias-altas, urbanas, compuesto básicamente por intelectuales, profesionales liberales y técnicos vinculados al medio gerencial estatal y privado, con gran influencia en la opinión pública, en los medios académicos y los sectores empresariales modernos, pero desvinculado de los sectores populares.

El segundo, único partido societario, de masas, en el sentido duvergeriano, del Brasil. Surgido del medio sindical, consolida su base en los sectores populares, contando con el apoyo en determinados sectores de clases medias y, al igual que el PSDB, de grupos de intelectuales y profesionales liberales. Partido que viene creciendo electoralmente en la medida en que ha tenido claro desde su nacimiento que, en palabras de Weffort, en la transición ha hablado y ha sido escuchado quién se ha organizado y ha tenido recursos para ello. Por medio de la progresiva influencia del sindicato afín a su proyecto, la Central Unica de Trabalhadores (CUT), incluso en el medio rural, junto a su vinculación con las comunidades de base y a la teología de la liberación y la gestión local (gobierna en la ciudad de São Paulo y en la región industrial del «ABC»), desde la que intenta articular la participación en la administración municipal de los movimientos sociales urbanos, ha creado una red de organizaciones con una considerable capacidad de movilización.

Los obstáculos para articular una propuesta política conjunta son básicamente dos. Por un lado, el supuesto «arcaísmo» del PT en relación a su discurso, de tintes revolucionarios marxistas, y a la radicalidad de algunos elementos de participación política de su propuesta transformadora, aunque, en conjunto, difusa: un socialismo posible. «Arcaísmos» derivados del tortuoso camino recorrido por estos sectores populares para formar «un partido de los trabajadores» en medio de una socialización autoritaria y represiva; a mi parecer, en última instancia, una radicalidad derivada de sus propias condiciones de vida, como la que en su momento tuvieron los movimientos obreros en Europa.

El otro problema sería la supuesta «modernidad» de la socialdemocracia, que con sus pretensiones de pacto, acuerdo, programa y estabilidad presupone una clase obrera organizada, un alto nivel de consenso sobre los puntos básicos del desarrollo político del país, una sociedad integrada por el efecto homogeneizador del desarrollo económico, tanto a nivel social como étnico-regional. Presupone un Estado que sale de una larga abstinencia liberal hacia una creciente intervención. Presupuestos inexistentes en Brasil que, sin embargo, no anulan la conveniencia de la propuesta (8).

---

(8) En un interesante libro (*As Esquerdas e a Democracia*, Paz e Terra, 1986), un grupo de intelectuales ligados al CEDEC analizan la evolución de las posiciones pro-

Hay una serie de hechos catalizadores de dinámicas políticas que pueden converger en la superación de estos obstáculos. Por un lado, la participación petista en el Parlamento ha descubierto una serie de posibilidades de utilizar estos recursos políticos de manera creativa e innovadora para su proyecto socialista. Por otra parte, la asunción de responsabilidades gubernamentales en los ejecutivos locales ha exigido posturas programáticas para sus responsables, lo que ha significado introducir visiones transformadoras más gradualistas al interior del partido. Una de las manifestaciones de esto es la discusión sobre la posibilidad de invitar a participar a otras fuerzas políticas del Gobierno paralelo del PT, experiencia piloto innovadora e interesante en sí misma.

Otro elemento catalizador son los acontecimientos del Este europeo, que, por un lado, han supuesto un punto de reflexión y de debate entre las diversas tendencias del PT, que, por las características de su organización y de su militancia, no lleva necesariamente a un debilitamiento, sino a una discusión de la cual puede salir un lenguaje renovado, como se puede observar en algunos documentos internos del partido (9). Por otra parte, estos acontecimientos, reforzados por la experiencia centroamericana, que ha hecho evidente la inviabilidad de la vía armada de transformación social, han supuesto unas nuevas coordenadas internacionales (podríamos hablar del fin de la guerra fría) que favorecen, ampliando su margen de maniobra, a las opciones de izquierda que participan institucionalmente en la democracia. Hechos que tienen que hacer asumir a la socialdemocracia la plena conciencia que las fuerzas progresistas brasileñas están construyendo su proyecto democrático en una sociedad esencialmente conflictiva, por lo que no es posible rehuir del enfrentamiento político directo, de la neutralización de algunos actores pro *statu quo* por medio de una intensa y permanente movilización social: otras de las lecciones a aprender de las transformaciones del Este europeo.

Hasta cierto punto, ya se vislumbran elementos de reflexión que coadyuven a la virtual convergencia. Pero el elemento catalizador de ésta sin duda será la reforma política, en la medida en que ya está abriendo espacios para los acuerdos, y de llevarse a cabo la propuesta parlamentaria facilitaría el diálogo sobre acuerdos mínimos de reforma dentro de una dinámica institu-

---

gresistas en Brasil, y una de sus interesantes conclusiones es que, al no existir como fuerza sociopolítica, la vía socialdemócrata necesita una izquierda fuerte y no socialdemócrata donde apoyarse.

(9) I. LULA DA SILVA, en su última entrevista (*Teoría & Debate*, febrero de 1991) explica cómo se están debatiendo, de forma más o menos armónica, estos temas en las distintas instancias del partido. Un elemento a destacar es cómo está virando la postura mantenida en el período constituyente a favor del presidencialismo.

cionalizada que, por otra parte, posibilitaría el mantenimiento de identidades diferenciadas ante la opinión pública.

Para concluir recapitulando, unas palabras del Prof. Moisés: «El que quiera reformas o justicia social articuladas con democracia tendrá que proponerlas, articularlas y probablemente realizarlas, porque el sistema democrático no las realiza por sí solo, aunque sí garantiza el terreno para que puedan realizarse».

#### BIBLIOGRAFIA

- STEPAN, A.: *Democratizando o Brasil*, Rio de Janeiro, Ed. Paz e Terra, 1988.
- REIS, F. W./O'DONNELL, G.: *A Democracia no Brasil. Dilemas e perspectivas*, São Paulo, Vértice Ed., 1988.
- MOISÉS, J. A./GUILHON ALBUQUERQUE, A.: *Dilemas da Consolidação da Democracia*, Rio de Janeiro, Ed. Paz e Terra, 1989.
- DINIZ, E./BOSCHI, R./LESSA, R.: *Modernização e Consolidação Democrática no Brasil. Dilemas da Nova República*, São Paulo, IUPERJ/Vértice Ed., 1989.
- CAMARGO, A./DINIZ, E.: *Continuidade e Mudança no Brasil da Nova República*, São Paulo, IUPERJ/Vertice Ed., 1989.
- LAMOUNIER, B.: *De Geisel a Collor: o Balanço da Transição*, São Paulo, IDESP/Ed. Sumaré, 1990.
- DOS REIS VELLOSO, J. P.: *A Crise Brasileira e a Modernização da Sociedade*, Rio de Janeiro, José Olympo Ed., 1990.
- *Modernização Política e Desenvolvimento*, Rio de Janeiro, José Olympo Ed., 1990.